



## UN ASILO INFANTIL

---

**H**ACÍA diez años que yo no veía un asilo de esta índole. Me recibió la directora, una monja de unos cuarenta años, delgada, con semblante descolorido y ojos claros de expresión juvenil y dulcísima. Me hizo entrar en vasta escuela donde había recogidos hasta 300 entre niños y niñas, en largas filas de bancos colocados en anfiteatro de manera que pudiera verse á todos con una sola mirada en un golpe de vista. Eran casi todos rubios, y todos tenían un delantal blanco limpísimo. Entraba viva luz por tres grandes puertas vidrieras.

No puede decirse cuán risueña y gentil era la alegría atractiva del aspecto de aquellas trescientas pequeñas criaturas unidas unas á otras como pajarillos en las cañas de una jaula y dispuestas como las flores en los grandes ramos, por hileras, cada una de las cuales presentaba como tres franjas de

color: lo blanco del delantalito, el rosa de los rostros y el oro de los cabellos.

Se comprendía ante aquel cuadro cómo la mente humana no ha podido figurarse el Paraíso sin niños. En un cierto punto, la directora dijo una broma y yo vi abrirse trescientas boquitas de flores rosáceas, y dentro de aquellos capullos, brillar millares de blancas perlas.

\*  
\* \*

Había llegado un poco antes de la hora del almuerzo. Salían todos de dos en dos, guiados por tres maestras monjas y por una lega, y entraron en tres habitaciones desnudas, una de las cuales, la más grande, fué ocupada por las niñas, y las otras dos por los niños.

Alrededor de la pared, en canastillos ó cestitas redondas, cada cual había llevado de casa alguna cosa para comer.

Me quedé admirado de la rapidez con que las monjas distribuyeron el contenido de los pequeños cestitos, sin leer los nombres de los cartelitos que cada uno tenía y sin equivocarse en ninguno. En pocos segundos, todos quedaron servidos. Y enton-

ces fué un espectáculo delicioso. Se sentaron unos en bancos alrededor de las paredes otros formando círculos ó hileras por todos lados.

Había pequeños gastrónomos que, queriendo hacer su comida en paz, se buscaban un punto solitario, y era curioso ver las maneras minuciosas y lentas con que comían aquéllo, como habrían hecho para un almuerzo con todas las reglas del arte. Otros, espíritus contemplativos, estaban con sus cestitas cerradas entre las rodillas, mirando al aire, con el pensamiento Dios sabe en dónde, y era preciso que las maestras los excitasen á comer. Las niñas comían haciendo coqueterías y los niños tragaban en silencio; en una de las habitaciones ocupadas por éstos no se percibía una voz, hasta el extremo de que, estando en la puerta, yo creía que no había nadie dentro. Todos aquellos que tenían en la cesta alguna cosa dulce, se comían primero lo dulce y después el pan solo. Las maestras vigilaban para que éstos no hicieran contratos ruinosos con sus compañeros, ocurriendo á menudo que por un pedazo minúsculo de chocolate ó de bizcocho, daban algunos alegremente todas sus provisiones y un beso de

agradecimiento por añadidura. Otros, en vez de comer, se servían del alimento como de un juguete. Una niña que tenía un pedacito de carne con salsa dentro de una fiambrera, echó en la salsa el queso, un bizcocho y las cerezas, y con todo ello hizo con mucho cuidado una pasta de un solo color, que después se puso á lamer con mucho respeto, dando exclamaciones de alegría. Viendo un niño que hacía correr por el suelo una pelota, pregunté á una maestra si era permitido en aquel momento jugar también; miró el objeto de que se trataba y se apercibió súbitamente de que era la yema de un huevo duro, que después se había obscurecido con el polvo de los rincones. El chico se excusó diciendo que después se lo iba á comer.

Admiré la prodigalidad con que las niñas que tenían un almuerzo abundante, hacían participar de él á las compañeras mal provistas. Á algunas, las monjas las tenían que impedir que con esta distribución se quedasen sin nada. De vez en cuando se levantaba una, y corría á ofrecer una fruta ó un pequeño racimo de pasas á la Directora, la cual aceptaba todo, dando gracias, pero para devolverlo después, pasado un minuto,

repartiéndolo á éstas ó á los otros, y era curioso ver á las donantes hacer fiestas á la cosa restituída, como si fueran verdaderos regalos nuevos. Á una chiquitina que estaba comiendo un pedacito de carne húmeda, la monja le preguntó:—¿Con qué está hecha esa carne? La niña creyó que le preguntaba de qué materia estuviera hecha, y después de un momento de reflexión, respondió que «la carne estaba hecha de sangre».

Á otra, que tenía un pedazo de fritura, la Directora preguntó:—¿Quién te ha hecho éso? Y la interrogada respondió como si hubiese nombrado á una persona célebre que todos debieran conocer:—¡Josefina! Y quién fuese esta Josefina, no hubo manera de que pudiera explicarlo.

Había una sola niña á la cual se permitía llevar al asilo una pequeña botellita de vino puro, porque estaba convaleciendo. Yo la sorprendí en el momento en que daba de beber un sorbo á escondidas á una compañera suya más pequeña, diciéndole con gravedad maternal:—Bebe, bebe, que éso te dará fuerzas.

Á medida que iban acabando de comer, se acercaban á la maestra rodeándola, la cual dedicaba á todas interrogaciones muy ingeniosas y graciosas para ejercitar la inteligencia de los pequeñuelos. Pero estaba oprimida por las caricias de todos. Se veía que la adoraban. Seis ó siete niñas estaban pegadas á ella, cogidas á su cintura, formando de esta manera á su alrededor un cinturón de oro, obligándola á tener los brazos en alto, é impidiéndola hasta moverse, y todas las demás tendían hacia ella sus manitas abiertas, semejantes á cándidas mariposas que quisieran ir á posarse sobre su cabeza.

—¡Si yo fuese pintor!—dije también yo, como el poeta. ¡Oh, entonces hubiera hecho un cuadro de aquella monja de cara pálida y de vestido negro, abrazada por toda aquella chiquillería, rosada y blanca, que hacía salir al rostro la llama del amor maternal, más bella todavía que sobre el rostro de una madre.

Una de las más graciosas niñas que abrazaban aquella cintura me pareció por el enrojecimiento de uno de sus párpados, que tuviese un ojo malo. Después supe que aquel ojo era de vidrio; pero que en un año que

hacia que ella venía al Asilo, ninguna de sus compañeras se había apercibido de ello, y que la maestra cuidaba atentamente para prevenir entre ella y las otras niñas ningún juego que pudiese descubrir el secreto.

Vi un niño bellissimo, de familia pobrísima, que tenía una gran cabellera dorada y rizada, y pregunté por qué se hacía con él aquella excepción de la regla general, que prescribía el pelo cortado á punta de tijera. Me respondió la Directora que cuando había dicho á su madre que se lo cortase, ésta se había golpeado la frente con la mano, exclamando:—¡Pobre de mí!, con un acento de tan profundo dolor, que le había faltado valor para insistir, dejando sin cumplimiento el reglamento de los masculinos.

Después se me habían presentado tres hermanitas morenas, pálidas, con aire triste: una de cinco años, y otras dos gemelas, de tres años y medio. Habían perdido su madre hacía pocos meses, y á las tres se les había dicho que había partido para un largo viaje, pero que volvería. Un mes transcurrido, viendo la niña mayor siempre dolorida, la Directora le había dicho:—Hazte ánimo, ve á tus hermanitas que juegan con las compañeras, y ella había contestado:

—Es porque mis hermanas, que son pequeñas, no saben todavía, no comprenden qué quiere decir tener la madre lejos. ¡Y ella, la pobrecilla, creía comprenderlo!

\*  
\*  
\*

Salieron todos de dos en dos, primero, los más grandes, después los más pequeños é hicieron diferentes evoluciones por el jardín en marcha entre procesional y militar. Me paré en una de las esquinas donde daban la vuelta para verlos desfilar. ¡Cuántas formas diversas de cabezas y de peinados, cuántas expresiones diferentes de miradas y de sonrisas! Algunos me sonreían con aire de familiaridad bromista, como si fuésemos antiguos amigos, íntimos hacía un año. Los niños saludaban elevando la mano recta hacia la frente, al estilo militar sobre poco más ó menos; las niñas haciendo una pequeña inclinación brusca de cabeza, como si recibieran, una tras de otra, un cogotazo por mano invisible. Cuando acariciaba la cabecita de alguno ó le cogía la mano, cinco ó seis me presentaban la mano ó su frente; á todos los acariciaba; cuando volvían á pasar delante, después de haber dado

la vuelta, pedían la caricia como la vez anterior. Algunos salían de las filas para venir hacia mí y aferrarme la mano ó el brazo y me presentaban delante, alzándose de puntillas, la cara, y no se querían separar de mí sin un beso. En algún momento, pasaban como una onda, todos bellos y rubios, grupos enteros del mismo tono, como si hubiesen sido pintados á la vez y puesto juntos con intención artística. Muchos, llevaban su nombre escrito, impreso ó pintado en grandes caracteres, bien en chapas en el cinturón ó en placas metálicas, como si estuviesen destinados á ser expedidos, al salir de clase, por el camino de hierro. Las niñas, en su mayoría, estaban más limpias. Algunas se detenían al pasar para sacudirse el delantalito ó el vestido, cosa que los niños no hacían jamás. Entre los unos y las otras, noté muchas caras serias, pero de una seriedad singular, como de personas mayores ocupadas por pensamientos graves. Á veces, pasaban varios en un grupo, que me miraban con el rabillo del ojo, sin levantar la cabeza, sonriendo furtivamente como si se burlasen de mí. Uno de los niños más pequeños salió corriendo de las filas, se vino hacia mí,

plantándoseme delante y levantándose con ambas manos el vestidito y el delantal, se estuvo mirándome un rato, y esperando á ver qué le decía yo. Como yo no comprendía, la Directora me iluminó diciéndome que lo que quería aquel pequeño era que le mirase los calzones nuevos.



La procesión se disolvió bajo un pórtico, tras de lo cual empezó el recreo. Cerrando los ojos, habría creído verme en un bosque donde cantasen mil pájaros, gorjeasen mil ruiseñores y murmurasen mil fuentes. Del lado de las niñas, había menos ruido y menos estrépito: de la otra parte se veían saltar las cabezas como si hirviesen en un gran caldero. Nació algún litigio inmediatamente aplacado: el arma de los niños, por lo general, es el puño cerrado: las niñas emplean las uñas. Una niña vino á mostrar á la Directora un dedito arañado. Ésta llamó á la niña adversaria, y la ordenó que besase á su compañera. No olvidaré jamás la sonrisita finisimamente femenina con la cual la culpable, todavía despechada, acogió la orden, ni el beso rápido y seco, verdadero

beso de rebelde, que dió á la compañera, volviéndole casi al mismo tiempo la espalda como un autómata que gira sobre sus piernas.

Una barrera de bancos señalaba el confín entre dos sexos. Una niña de tres años saltó esta frontera y penetró entre los niños. Uno de aquéllos, de la misma edad, se le plantó delante con aire de padre guardián, y mirándola fijamente á los ojos, le dijo con voz tan cómica como atrevida:

—¿Qué haces aquí? Este no es tu sitio. ¡Márchate!

Pregunté á la Directora si todas las niñas que se atrevían á saltar la barrera eran recibidas con aquellas formas de oficiales de caballería.

—No — me respondió sonriendo; — es cuestión de simpatías. Por lo demás, también hay caballería hasta entre ellos, y aun *caballería andante*.

Las recién entradas, por ejemplo, y especialmente las más pequeñas, son bien recibidas por todas, y á las convalecientes que entran, todas les hacen fiestas. No hay un enfermito ó un débil que no encuentre un pequeño protector.

Procuré dedicar alguna pregunta á al-

gunas, pero no se atrevían á responder. Contestaban á la Directora, y era preciso que yo pusiese oído muy fino para poder recoger de sus bocas el hilo tenue de voz que salía de aquellos labios. Pero un momento después, de aquellas mismas bocas, dejadas libres, brotaban los estridentes sonidos de la trompeta que horadaban implacablemente el tímpano. Pregunté á una niña pequeñísima dónde vivía. Ésta, que se había vuelto hacia el patio, señaló primero hacia él con un dedito microscópico, que en vez de señalar á una parte cualquiera de Turin, parecía que señalase á un botón de mi traje, y respondió con voz ininteligible: —Más allá de allí. —¿Ha comprendido usted?— me dijo riendo la monja. —¡No, seguro que no es posible perderse en el camino ni equivocarse el sitio!

\*  
\*  
\*

Entre el placer que me producían los niños y la admiración que me provocaba la Directora, no sabría decir cuál era el sentimiento más vivo. Ella hablaba conmigo, pero tenía los ojos en todos y en todo; no se le escapaba, en medio de aquel tropel agitado, rumoroso, ni una voz de lamento

de un niño ni un movimiento descompuesto; de todos sabía el nombre y condiciones de su familia; no decía una palabra á aquéllos que no tuviera un fin de enseñanza; era dulce y grave, afable y firme á un tiempo; hablaba continuamente y pensaba siempre.

—De cada niño— me decía— aprendo cada día alguna cosa.

Yo creía haber hecho muchas observaciones sobre la infancia, pero no pude ni siquiera indicarle una que ella no hubiese hecho ya de antemano; y me dijo en cambio á mí ciento que me resultaron nuevas y que me parecieron agudísimas.

Aunque monja, ¡cómo conocía, ó, mejor dicho, cómo comprendía el mundo! Y su bondad era mucho más admirable, porque no se fundaba sobre las alegres ilusiones que dulcifican el ánimo, sino que estaba fortificada precisamente por aquel conocimiento de las tristezas humanas que en tantos otros corazones la debilita ó disminuye. Tenía con frecuencia ocasión de ir á las casas de sus niños pobres, y me decía, poniéndose una mano en la frente:

—¡Qué cosas se ven allí dentro á veces! ¡Cómo se comprende exactamente que las pobres criaturas no tienen culpa alguna de

criarse malvados y perversos! ¡Y cuán indulgente se vuelve uno al lado de este espectáculo!

Pero la serenidad que le venía de la conciencia de su vida laboriosa y benéfica, no la dejaba insistir largamente en ningún triste pensamiento.

Interrumpía el discurso triste para señalarme sonriendo una niña de cuatro años, muy despierta y de carácter un poco difícil, la cual pocos días antes había hecho una admonición á su madre. Ésta, una mañana que su hija había sido mala en casa, fué á recomendar á la Directora que indicase ó contase el caso en la clase y diera una advertencia general, á ver si era posible que la niña se corrigiese en su conducta en el seno de su familia, tratando mejor á su madre. Con efecto, la Directora dedicó un sermón moral al asunto, hablando del caso como de un hecho general, y que todas sacasen enseñanza del consejo. Y llegada la niña culpable á su casa, se había dirigido á la madre, y mirándola con ojos escrutadores y moviendo la cabeza de derecha á izquierda, exclamó:

—Alguien ha ido hoy por la mañana al asilo y ha contado á la Directora lo ocu-

rrido, porque lo que ha dicho ella era precisamente lo que aquí ha pasado entre tú y yo. No quisiera que hubieras sido tú la del chisme... Pero, ¡si llego á descubrirlo!

\*  
\* \*

Después del descanso y recreo, entraron todos en la escuela, distribuyéndose en aquellos bancos en forma de escalera que presentaban la pequeña masa escolar, como agrupada sobre las gradas de un templo.

La Directora, con voz armoniosa y modulada, entonó un canto que decía con mucha propiedad y eficacia de tono, todos los usos y virtudes de la mano. Los niños hicieron coro, primero, con un poco de titubeo, después con un acorde de armonía extraordinaria para la edad de ellos. El canto iba acompañado de mimica y de gimnástica: ora alzaban los brazos agitándolos, y parecía ver por el aire 300 golondrinas de la Virgen, que batían las alas, atadas á los bancos por otros tantos hilos; ora se inclinaban todos hacia un lado, como flores de amapola que bajo el soplo del viento doblan el tallo; ora se agarraban de las manos, trenzando los brazos, de manera que forma-

ban una sola guirnalda desde uno á otro extremo de los bancos; ora posaban las frentes sobre las bancas en un momento determinado, en actitud de dormir, despertando en los labios del expectador el deseo de ir corriendo sobre aquellas hileras de cabezitas. Y se percibían en aquel canto notas de ruseñor, sonidos de violín y de flauta, tintinios de campanitas, murmullos de arroyuelos y ruidos de los árboles, y ciertos prolongados suspiros (correspondientes á una indicación de la Directora, ó á una incertidumbre de las modulaciones) de una suavidad y una gracia, que no parecían vagidos de voces humanas.

Un día entero me hubiera pasado allí, viendo y escuchando. Á medida que adelantaban en el canto, no perdiendo jamás de vista la cara y los ojos de la Directora, se acaloraban y se excitaban á la voz de la monja, que también se excitaba á su vez.

Sus mejillas demacradas se ponían color de rosa, sus ojos claros brillaban con fulgores extraordinarios, el timbre argentino de su voz vibraba, sus manos sutiles cortaban el aire con ademanes amplios ó vigorosos marcando el compás, todo su cuerpo

delicado temblaba como el de una joven poetisa inspirada.

¡Y cuánta poesía respiraba allí y en todo aquel conjunto de voces cristalinas, de rostros florecientes, de toda aquella inocencia del misterioso porvenir, aleteaba á su alrededor y alrededor de aquellas 300 frentes serenas por la feliz alegría del vivir que se esparcía en las 300 voces argentinas, entre las blancas paredes de aquella escuela inundada de luz y de armonía!

¡Oh benditos niños, eternos sembradores de esperanzas! Nosotros también podremos creer, cuando no os veamos, que un día estaréis atormentados asimismo por las tristes pasiones que nos torturan y manchados por iguales vicios é idénticas culpas. Pero cuando os encontramos delante en una escuela, pero cuando nos fijamos en vuestra frente no velada por una sombra, y en vuestros ojos, en los cuales no brilla un pensamiento que se deba esconder, y en vuestras bocas, de las cuales no ha salido todavía una palabra de odio, la ilusión de que seréis mejores que nosotros, nos renace irresistiblemente en el alma: y es ésta una querida ilusión, es ésta una santa esperanza que resucita en todo padre con todo

nuevo hijo, y en la humanidad con toda nueva generación; ilusiones y esperanzas que más fuertemente nos ayudan á vivir y nos impiden llegar á ser peores de lo que somos.

\* \* \*

Observando la Directora mientras cantaba con los niños, me acordé haber oído decir á algún visitador de aquel Asilo que ella se fatigaba sin miramiento alguno, gastando su propia salud; y con efecto, en la excitación de aquel instante, su aspecto confirmaba aquel juicio. Yo se lo dije al salir, después de haberle expresado mi más viva y reverente admiración. Ella sonrió con una ligera expresión de tristeza, y respondió con un ademán vago de las manos que quería decir:—¡Qué importa! Gasto la vida por los niños, y moriré contenta.

Cuando permanecí solo en la puerta unos segundos, percibí un ruido detrás del portón como si volviese corriendo la Directora á la Escuela para ganar aquellos momentos de tiempo perdido.

Un minuto después, con efecto, llegó hasta mí en la calle el acorde del canto debilitado y dulce de las trescientas voces infantiles!



## LAS CARTAS ANÓNIMAS

### CONFERENCIA

A muchos parecerá ligero y fútil el argumento que he elegido para esta conferencia. Declaro ante todo que no me propongo propiamente pronunciar una conferencia, sino, antes al contrario, mi propósito se limita á una esfera más modesta; una conversación más sencilla y más alegre que un discurso, y la llamo conversación, aunque hable yo solo, porque estoy cierto de que vosotros seréis mis interlocutores mentalmente, con vuestras observaciones y con vuestros recuerdos y recibiréis las notas de mi pensamiento no discordantes, estoy seguro, de esos vuestros recuerdos y vuestros pensamientos; paréceme, fuera de duda, que los más de los que me escuchan han tenido que ocuparse alguna vez por nece-